



unánimes

Estudios bíblicos

P: Carta a los Efesios

12.- La nueva vida en Cristo



unánimes

Estudios Bíblicos

P.12.- La nueva vida en Cristo

1. El texto

Efesios 4:17-32

Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente, teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón. Estos, después que perdieron toda sensibilidad, se entregaron al libertinaje para cometer con avidez toda clase de impureza. Pero vosotros no habéis aprendido así sobre Cristo, si en verdad lo habéis oído, y habéis sido por él enseñados, conforme a la verdad que está en Jesús. En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está corrompido por los deseos engañosos, renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad.

Por eso, desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo, porque somos miembros los unos de los otros.

Airaos, pero no pequéis; no se ponga el sol sobre vuestro enojo, ni deis lugar al diablo.

El que robaba, no robe más, sino trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno, para que tenga qué compartir con el que padece necesidad. Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes. Y no entristezcáis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención.

Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería, maledicencia y toda malicia. Antes sed bondadosos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo.

2. Introducción

El tema de renovación es sugerido aquí en el capítulo 4 donde Pablo dice a los efesios, “debéis renovaros”. Esta renovación implica además un cambio completo, básico, una separación del mundo al cual antes habían servido y una adhesión a Cristo, su nuevo Señor y Salvador a quien habían recibido y confesado. Según las propias palabras de Pablo, esto es despojarse del viejo hombre y vestirse del nuevo hombre. Ahora bien, lo que gobierna toda esta sección es el concepto de la total transformación nacida del Espíritu. Pablo está diciendo a lo largo de todo el desarrollo, “terminad con el viejo y adoptad el nuevo”. Contrasta continuamente estas dos clases de disposiciones y conductas. Es así como insta que la falsedad sea reemplazada por el hablar la verdad; la ira pecaminosa, por la que no es pecaminosa; el robo, por la actitud de compartir; la conversación corrupta, por las palabras

edificantes; la amargura, cólera, e ira, por la bondad, compasión y amor; la obscenidad y chistes vulgares, por acción de gracias.

Aunque, de seguro, tal renovación es asunto de un tenaz y continuo esfuerzo de parte de los creyentes, un proceso de diaria conversión, no obstante, como ya se ha dicho, es enteramente obra del Espíritu Santo (4:30–5:18), puesto que es solamente por medio del Espíritu que los hombres pueden desarrollar el esfuerzo necesario y tener éxito. De ahí que es una transformación o santificación llena de gloria, y nada menos que un cambio desde las lúgubres tinieblas a la gloriosa luz.

3. El mandato

Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente...

El apóstol introduce esta admonición con toda la autoridad que le es posible reunir. Dice, “digo y requiero”. Como Bengel ha señalado: cuando el apóstol amonesta, lo hace de manera que los que la reciben actúen libremente; cuando alienta, es para que actúen alegremente y cuando testifica es para que actúen reverentemente (con adecuado respeto hacia la voluntad de Dios). Observemos también las palabras, “en el Señor”. Está hablando y testificando en la esfera del Señor, con su autoridad y para el bien de su causa.

No han de comportarse más como gentiles, puesto que ya no son más gentiles. Si analizamos esta declaración, queda en claro que aquí se combinan dos ideas: una, abandonad vuestra antigua forma de vida y la otra no imitéis a vuestro actual medio ambiente malo. Con relación a la conducta de los gentiles Pablo añade: *que andan en la vanidad de su mente*. El apóstol enfatiza un punto de suma importancia, a saber, que todos los esfuerzos que los gentiles despliegan a fin de alcanzar la felicidad terminan en frustración. Sus vidas son una larga serie de burladas expectativas. Es como perseguir algo y nunca alcanzarlo, una floración sin fruto. Todos los ríos van al mar, pero el mar jamás se llena. El ojo nunca se satisface de ver ni el oído de oír. Toda esta búsqueda de riquezas, honor, alegría, etc., no es más que “Tratar de atrapar vientos”. Sus mentes o intelectos quedan sin fruto. No produce nada que satisfaga. Pablo prosigue:

4. La vida gentil

...teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón. Estos, después que perdieron toda sensibilidad, se entregaron al libertinaje para cometer con avidez toda clase de impureza.

A fin de observar todo el cuadro de trágica desesperanza, estos versículos deben considerarse como una unidad. Entonces queda en claro que la vanidad que caracteriza la mente del gentil es resultado de un entendimiento obscurecido y la separación de la vida prove-

niente de Dios y, a su vez, ambos son la consecuencia de un tipo de ignorancia que de modo alguno tiene excusa, sino que es debido a un voluntario endurecimiento y entrega a un desbocado libertinaje de todo género.

Estando entenebrecidos es algo que aconteció en el pasado pero que tiene efecto continuo. El “entendimiento” o la capacidad de razonar equilibradamente había sufrido los efectos del pecado. Al entendimiento se le considera aquí como si fuese un ojo cegado. Tal entenebrecimiento, además, es mucho más grave que la ceguera física, puesto que el hombre que sufre esta ceguera lo sabe y lo reconoce ante los demás, pero la persona que es ciega en el aspecto espiritual es ciega aun para reconocer su propia ceguera. Tales personas no sólo moran en tinieblas, sino que las tinieblas moran en ellas. Las han embebido, del mismo modo que un día embeberán (“beberán”) la ira de Dios.

El origen de este entenebrecimiento y separación se puede hallar en su ignorancia culpable, condición que atrajeron sobre sí endureciendo sus corazones en contra de la voluntad de Dios. En algún tiempo, en lejanas épocas, sus antecesores habían recibido la revelación especial de Dios, pero la habían rechazado. Habían transcurrido muchos siglos. Ahora sus distantes descendientes estaban sofocando aun la luz de la revelación general de Dios en la naturaleza y en la conciencia con nefastos resultados. El cuadro, en su espantosa realidad, lo describe en su carta a los creyentes en Roma:

Romanos 1:18-32

La ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad, porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó: Lo invisible de él, su eterno poder y su deidad, se hace claramente visible desde la creación del mundo y se puede discernir por medio de las cosas hechas. Por lo tanto, no tienen excusa, ya que, habiendo conocido a Dios, no lo glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias. Al contrario, se envanecieron en sus razonamientos y su necio corazón fue entenebrecido. Pretendiendo ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible por imágenes de hombres corruptibles, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles.

Por lo cual, también los entregó Dios a la inmundicia, en los apetitos de sus corazones, de modo que deshonraron entre sí sus propios cuerpos, ya que cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador, el cual es bendito por los siglos. Amén.

Por eso Dios los entregó a pasiones vergonzosas, pues aun sus mujeres cambiaron las relaciones naturales por las que van contra la naturaleza. Del mismo modo también los hombres, dejando la relación natural con la mujer, se encendieron en su lascivia unos con otros, cometiendo hechos vergonzosos hombres con hombres, y recibiendo en sí mismos la retribución debida a su extravío.

Como ellos no quisieron tener en cuenta a Dios, Dios los entregó a una mente depravada, para hacer cosas que no deben. Están atestados de toda injusticia, fornicación, perversidad, avaricia, maldad; llenos de envidia, homicidios, contiendas, engaños y perversidades. Son murmuradores, calumniadores, enemigos de Dios, injuriosos, soberbios, vanidosos, inventores de males, desobedientes a los padres, necios, desleales, sin afecto natural, implacables, sin misericordia. Esos, aunque conocen el juicio de Dios, que los que practican tales cosas son dignos de muerte, no solo las hacen, sino que también se complacen con los que las practican.

El centro mismo de su ser, su corazón se había “encallecido” por determinación propia. En lo que respecta a “encallecido”, tenía la sensibilidad perdida, y así, en lo general, “habiendo llegado a ser insensibles” refiriéndose aquí a la voz divina, la verdad de Dios.

Hay quienes enfatizan demasiado la sensibilidad. Su religión nunca va más allá de las emociones. No están firmemente arraigados. Son faltos de convicción. Los gentiles a quienes Pablo está describiendo aquí como caso ejemplar habían tomado la dirección totalmente opuesta, lo cual es muchísimo peor. Al decir constantemente “No” a la voz de Dios que habla por la conciencia y por medio de lecciones que nos han provisto la naturaleza y la historia, ellos han llegado a endurecerse como piedras, muertos a toda capacidad de responder a lo bueno y edificante. Sin embargo, no muertos a todo sentimiento y a todo deseo.

Ahora bien, a lo largo de la historia ha habido gente que se ha enorgullecido del hecho de poder aplastar todos los sentimientos. Se avergonzaban de derramar lágrimas y aun se mostraban totalmente indiferentes para reaccionar ante cualquier influencia externa. Así, por ejemplo, el ideal estoico fue liberarse de toda emoción (“apatheia”). En colonias de budistas la mayor virtud es eliminar las pasiones, y al cielo (“Nirvana”), se le define como la cesación de todos los deseos naturales.

Lo que aquí tenemos, es algo peor. Las personas a las cuales Pablo escribe no trataban de sofocar todo sentimiento. ¡Lejos de esto! Su oposición no era a todo tipo de deseos. Al contrario, solamente eliminaban los deseos relacionados con lo bueno. Tenían aversión a todo deseo que pudiese acercarlos a una buena armonía con la voluntad de Dios. Oponiéndose constantemente a la conciencia, resistiendo sus advertencias y apagando sus alarmas, habían llegado al punto en que la conciencia había dejado de inquietarlos. Estaba cauterizada.

Por supuesto que tenían sentimientos y mantenían vivos los deseos, vale decir, sentimientos y deseos para hacer lo malo. Se habían abandonado al vicio. Se entregaron a él (según lo expresa literalmente el original). El resultado de tan baja rendición es siempre que, si persisten en él, Dios entrega al pecador para que sufra todas las consecuencias de su peca-

do. El vicio al cual se habían abandonado se le llama libertinaje o “lascivia. La literatura de aquellos tiempos era profundamente inmoral. El mundo romano había llegado a ser tan corrompido que algún tiempo más tarde Orígenes declara que cuando la gente de aquellos días cometía adulterio y prostitución no se consideraban violadores de las buenas costumbres. Se ha dicho que no fue la lava sino la lujuria lo que sepultó a la ciudad de Herculano. Y los frescos que se han hallado entre las ruinas de la vecina Pompeya muestran que esta ciudad no era mejor. El mundo de hoy se está acercando peligrosamente al mismo estado en que se encontraban los paganos de aquel entonces.

El apóstol dice que los gentiles de los cuales habla se habían abandonado al libertinaje “para la práctica ávida (literalmente: práctica en avaricia) de toda clase de impureza”. La persona ávida es aquella que se excede. Desea “tener más de lo debido”. Hace caso omiso de los derechos y sentimientos de otras personas. Va más allá de lo que es debido y no tiene ningún respeto por ley, o dignidad, o propiedad alguna. Mediante su desenfrenada lujuria y licenciosa agresividad está cavando su propia sepultura. De ahí que Pablo continúa:

5. Gentiles de otra categoría

Pero vosotros no habéis aprendido así sobre Cristo,

En principio las personas a las cuales Pablo se dirige pertenecen a una categoría diferente. Ha sido así desde que Cristo entrara en sus corazones y vidas. Los efesios no solamente habían recibido un cuerpo de doctrina, a saber, acerca de Cristo y no solamente habían observado en la vida de los que la habían traído lo que esta doctrina era capaz de realizar, sino además, ellos mismos por un acto de fe impartida por el Espíritu habían recibido a este Cristo en sus corazones. Con gozo habían sido bautizados. Y por medio de una constante participación de los medios de gracia, por medio de la oración y respuesta a ella, por medio de un diario vivir conforme a los principios de la verdad del evangelio, habían aprendido a Cristo, sí, a Cristo mismo en su misma persona, como lo dice en los siguientes versículos.

Pablo presenta aquí la apropiación de Cristo y la salvación en Él como resultado de un proceso de aprendizaje, un aprendizaje de corazón y mente. En otras palabras, los creyentes no son salvados de un golpe. No se transforman totalmente en un instante. Ellos aprenden. Hubo un cambio básico operado por el poder de Dios. Este cambio es seguido por un progreso constante en santificación, constante pero no necesariamente uniforme. En algunas personas ha sido más claramente evidente que en otras. A veces el avance ha sido a pasos agigantados, otras veces, al compás del paso de tortuga. Seguramente que ha habido períodos de reveses y retrocesos. Sin embargo, el punto que el apóstol enfatiza es que, cualquiera que haya sido el grado de progreso en el aprendizaje, ellos definitivamente no habían aprendido a Cristo como defensor del pecado y el egoísmo, de la lascivia y el libertinaje. Sus mentes habían cesado de ser inútiles y sus entendimientos de ser tenebrosos.

6. La condición

...si en verdad lo habéis oído, y habéis sido por él enseñados,

Muchos de los efesios habían sido enseñados por Pablo mismo durante su prolongado ministerio en Éfeso. El apóstol había tenido la oportunidad de llegar no sólo a los que realmente vivían dentro de la ciudad de Éfeso sino también a las personas del territorio circundante. Muchos habían acudido a la ciudad para asistir a fiestas, para negocios, o para otros propósitos. Otros, indudablemente, habían ido allí con el propósito expreso de ver y escuchar a Pablo.

Además, hubo multitudes de las ciudades y aldeas de los alrededores que oyeron el evangelio de labios de aquellos que lo recibieron de Pablo. Debe tenerse presente constantemente que esta epístola es, con toda probabilidad, una carta dirigida a una vasta multitud de personas, muchas de las cuales no vivían en Éfeso. Era probablemente una carta circular. Los lectores, entonces, habían oído de Cristo y habían sido enseñados no solamente acerca de Él sino “en Él”; vale decir, que toda la atmósfera era cristiana. Cristo, hablando a través de sus embajadores, era el maestro. Era además el tema.

7. La verdad

...conforme a la verdad que está en Jesús.

La verdad en relación al hombre caído en pecado, a su desesperada condición debido a su naturaleza, a la salvación obtenida por Cristo, a la necesidad de la fe que obra por el amor, a los principados de conducta cristiana, etc.: todas estas doctrinas tenían a Cristo como su centro mismo. En los sufrimientos y muerte de Cristo en la cruz los lectores habían podido ver cuan profunda era su caída y cómo se hizo necesaria para ellos la muerte del Hijo unigénito de Dios, muerte que fue tanto dolorosa como vergonzosa. En su triunfante resurrección, ascensión y coronación habían recibido una prueba positiva de que la salvación había sido obtenida.

Por medio del constante énfasis de Cristo sobre el hecho de que el individuo debe venir a Él y confiar enteramente en Él, recibieron la lección sobre la necesidad de la fe como el órgano de apropiación de la salvación.

El maravilloso ejemplo del Maestro en cuanto a humildad, auto sacrificio, amor, etc., les fue dado para instrucción. Además, ¿no había dicho Cristo mismo, “yo soy el camino y la verdad y la vida”? ¿No era Él la encarnación misma de la verdad, la verdad en persona? ¿No estaban escondidos en Él “todos los tesoros de la sabiduría y el conocimiento”, escondidos para ser revelados? ¿No era acaso Él la verdad activa y viviente, la verdad que hace libre al hombre?

8. La renovación

En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está corrompido por los deseos engañosos, renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad.

Lo que se había enseñado a los efesios “en Cristo” era nada menos que la necesidad de un cambio radical en su perspectiva mental y forma de vida, un giro de 180 grados. Su anterior forma de vida debía cesar. La orden acerca de la norma que, desde el instante de entrar en vital contacto con Cristo, había de controlar su ser entero en todas sus manifestaciones, y confrontarles cada día y cada hora, era precisa y cortante: “despojaos del viejo hombre”, vale decir, “la antigua naturaleza, todo aquello que es ajeno a la gracia” y “vestíos del nuevo hombre”, es decir, “la nueva naturaleza, lo que habéis logrado ser, habéis de ser, y podéis llegar a ser solamente mediante la gracia”.

Fue una formulación sumaria de tremenda envergadura. En cierto sentido, ellos ya se habían despojado del viejo hombre y vestido del nuevo, esto es, en el momento de rendir sus corazones a Cristo y haberle profesado públicamente en la hora del bautismo. Pero la conversión básica debe ser seguida por la conversión diaria. Aun cuando en principio el creyente ya ha sido hecho nueva criatura (o “creación”), siempre será pecador hasta el momento de su muerte. La vieja naturaleza, con la cual los efesios habían estado tan íntimamente ligados por tantos años, no se echa de sí tan fácilmente. Librarse de ella es tarea difícil y dolorosa.

Equivale, en realidad, a una crucifixión. Esto es así aun más porque de continuo nos promete tanto. Se está “corrompiendo continuamente” mediante las ilusiones de la codicia y aquellos engañosos malos deseos con sus grandiosas promesas e insignificantes logros. Estos corruptos engaños existen, además, donde quiera que se halle presente la vieja naturaleza, sea en el no creyente como en el creyente. El crimen de Caín en la persona de su hermano, hecho que al instante de ser planeado parecía tan atractivo, resultó solamente en maldición. Las treinta piezas de plata que se vislumbraban tan resplandecientes en los planes de Judas, al ser ya su posesión quemaron sus manos, torturaron su alma y empujaron al traidor hacia el camino de la horca y del infierno.

En realidad, la vieja naturaleza ostenta una copa de oro, pero al examinarla se halla que no contiene sino inmundicia y abominación. Es por eso por lo que a los efesios se les advirtió solemnemente que se despojaran del viejo hombre, que lucharan contra él con implacable vigor sin desmayar a fin de deshacerse totalmente de él.

Pero así como “el viejo hombre” es totalmente malo, “el nuevo hombre” es enteramente bueno. Este es “creado a imagen de Dios”. Día a día esta nueva creación avanza “en verda-

dera justicia y santidad”. La gracia restaura lo que el pecado ha dañado ruinosamente. Dios no solamente imputa, sino que también imparte justicia al pecador a quien agrada salvar. Es así como el creyente comienza a cumplir con sus deberes para con su prójimo. Pero la justicia nunca anda sola. Es acompañada siempre de la santidad, de modo que la persona regenerada y convertida cumple con sus obligaciones también con referencia a Dios. Además, la justicia y santidad que Dios otorga son verdaderas, no engañosas, como lo son las codicias que emanan de la vieja naturaleza. Conducen la vida a su verdadera y predestinada realización.

En cuanto a la figura de “despojarse” y “vestirse”, se refiere, desde luego, a lo que uno hace con la ropa. Frecuentemente tal vestimenta indica la naturaleza del carácter, sea bueno o malo. ¡Cuán firmemente este ropaje se aferra a él!

Tanto el desechar al hombre viejo como el vestirse del nuevo se hace necesario. Algunos enfatizan constantemente lo negativo. Tal religión es la de, “no esto o no lo otro”. Otros se oponen a todo “no”, y se sienten orgullosos al sobre enfatizar lo positivo. Las Escrituras evitan ambos extremos. Efesios contiene mucho del “hacer” y mucho del “no hacer”. En la vida presente ambas cosas son necesarias. Son inseparables y apuntan hacia actividades simultáneas. Esto es lo que Pablo quiere decir cuando declara que los efesios habían sido enseñados a “despojarse” del viejo hombre y a “vestirse” del nuevo. La persona que dice “sí” a Cristo está diciendo “no” a Satanás. No obstante, aunque ambos son necesarios, el énfasis continuo de Pablo es en lo positivo. “Venced el mal con el bien” dice a los Romanos en su carta. Así lo es en esta carta, puesto que se nos enseña que la única forma en que uno puede tener éxito progresivo para despojarse del viejo hombre y vestirse del nuevo es por medio de la renovación en el espíritu de la mente de uno. Tal renovación es básicamente obra del Espíritu de Dios influyendo poderosamente el espíritu del hombre. El apóstol ahora avanza de lo general a lo particular:

9. Avanzando hacia la verdad

Por eso, desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo,

No hay duda que existe relación entre esta admonición y el párrafo precedente y esto es claro por la repetición de la palabra “despojándose” o “desechando” (es el mismo verbo en el original) y de la referencia a la “verdad”. Basado en esta relación tan evidente uno podría interpretar el pensamiento de Pablo en esta parte de la manera siguiente: “En vista de que en Cristo habéis sido enseñados a despojaros del hombre viejo y vestiros del nuevo, por tanto, despojaos de (o: deseched) la falsedad y hablad verdad”.

La mejor forma de destruir la mentira es hablando la verdad. Esto es lo que Pablo realmente quiere significar al decir “hablad verdad cada uno (de vosotros) con su prójimo”, citando substancialmente al profeta Zacarías:

Zacarías 8:16

Estas son las cosas que habéis de hacer: Hablad verdad cada cual con su prójimo; juzgad según la verdad y lo conducente a la paz en vuestras puertas.

Especialmente para aquellos miembros de las congregaciones que conocían el Antiguo Testamento, vale decir, para los cristianos judíos, el que ésta fuese una cita de la sagrada literatura añadía fuerza a la exhortación.

10. El cuerpo

...porque somos miembros los unos de los otros.

Esto nos hace recordar lo que esta carta afirma, enfatizan la idea de que aunque los creyentes son muchos, a la vez son uno, es decir, un cuerpo con Cristo como su cabeza. La mentira no solamente es perniciosa porque no toma en serio la excelencia intrínseca de la verdad, sino también porque causa dificultades, fricción, desunión y amargura en la iglesia. La ley del amor implica indudablemente la verdad.

11. Ira y pecado

Airaos, pero no pequéis;

Las palabras no se han de interpretar separadamente, como si el sentido fuese, “debéis airaros de vez en cuando”, y “no pequéis”. Tampoco es verdad que aquí se prohíba toda ira. El sentido es sencillamente, “Que vuestra ira no esté mezclada con pecado”. La ira en sí misma no es necesariamente pecaminosa. En realidad, en los tiempos en que vivimos bien se podría usar un poco más de “santa indignación” contra todo tipo de pecado. Por otro lado, cuanto más ira use un creyente contra sus propios pecados, tanto mejor será. Sin embargo, la ira, especialmente con relación al prójimo, degenera fácilmente en odio y resentimiento. Amar al pecador al mismo tiempo que se odia su pecado requiere una buena porción de gracia. Una exclamación como, “no puedo soportar a este individuo”, es algo que sale a veces aun de labios de miembros de la iglesia con referencia a otros. Es por esta razón que el apóstol añade de inmediato:

12. Ira temporal

...no se ponga el sol sobre vuestro enojo,

Habiendo hablado sobre la ira, el apóstol apunta ahora a aquello en que fácilmente puede degenerar la ira, vale decir, el espíritu de resentimiento, de airado estado de ánimo, el semblante huraño que es señal de odio y de actitud que no perdona. El día no debe terminar así. Antes que amanezca un nuevo día, o mejor aún, antes que el sol se ponga, lo que para el judío significaba el final de un día y el comienzo del próximo, el perdón genuino no sólo

debe haber llenado el corazón sino que debe, en todo lo posible, haberse manifestado abiertamente de modo que el prójimo haya sido beneficiado mediante esta bendición.

13. Oportunidades al diablo

...ni deis lugar al diablo.

El diablo rápidamente aprovechará la oportunidad para cambiar nuestra indignación, sea justa o injusta, en agravio, rencor, fuente de ira, resistencia al perdón. Pablo se hallaba muy consciente de la realidad, poder y engaño del diablo. Lo que da a entender, por tanto, es que desde el comienzo mismo el diablo debe ser resistido. No debe concedérsele lugar alguno, ninguna entrada, ningún punto de apoyo donde colocar un pie. No se le debe ceder en ningún punto ni transigir con él en aspecto alguno. No debe dejársele ninguna oportunidad para aprovechar nuestra ira y lograr sus siniestros propósitos.

14. El robo

El que robaba, no robe más,

No está diciendo, “El que robaba” sino “El que roba”. Se refiere probablemente a personas que antes de su conversión acostumbraban a enriquecerse en base al hurto, etc., y que ahora se hallaban en peligro de reincidir usando distintos medios deshonestos. ¿Pero hemos de suponer que en la congregación a la cual Pablo escribe había ladrones? La respuesta es que existía al menos el peligro muy real de que alguien pudiera caer de nuevo en este pecado.

No se debe olvidar que algunos, tal vez muchos, de aquellos primeros convertidos eran esclavos. Bien, la falta de fidelidad en asuntos materiales era característica en los esclavos, tal como hoy día los “siervos” en regiones paganas no siempre son honestos, sino que hurtan frecuentemente cosas pertenecientes a sus patrones cuando éstos no los ven. De acuerdo con la carta de Pablo enviada a Filemón, epístola escrita durante este mismo período de prisión y enviada más o menos al mismo tiempo, Pablo sospechaba de Onésimo, el esclavo que huyó, de haber procedido mal con su amo con respecto a esto. Y después de ser liberado de su prisión actual (la primera en Roma) Pablo escribiría a Tito:

Tito 2:9-10

Exhorta a los esclavos a que se sujeten a sus amos, que agraden en todo, que no sean respondones. Que no roben, sino que se muestren fieles en todo, para que en todo adornen la doctrina de Dios, nuestro Salvador.

El pecado contra el cual Pablo pronuncia advertencias era y aún es característico del paganismo. ¿Cuál es la solución que Pablo propone? Desea que los efesios acaben con el robo y practiquen la honradez. Pero aún desea más. Comprende que al fondo del pecado del robo yace una falta más básica, vale decir, el egoísmo. De ahí que ataca la raíz misma del mal,

puesto que, al desviar la atención del ladrón, sea real o en potencia, de sí mismo y hacia las necesidades del prójimo, se esfuerza en darle un nuevo interés en la vida, un nuevo gozo. Por eso escribe:

15. Lo positivo

...sino trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno, para que tenga qué compartir con el que padece necesidad.

El ladrón debe dejar de robar y comenzar a realizar un trabajo duro y honesto. Pablo usa frecuentemente la palabra trabajo o labor en relación con la obra manual y también en conexión con obra religiosa. Aquí en el texto se refiere a labor manual, según lo indica la frase “con sus manos”. Al usar sus manos en labor honesta, el obrero estará realizando algo bueno en lugar de lo que es malo y contrario a la ley de Dios. En cuanto a ganarse la vida, Pablo mismo había dado un excelente ejemplo. No solamente cumplió una buena cantidad de trabajo religioso, de la mejor calidad, casi increíble, sino además, frecuentemente, trabajó aun con sus propias manos para proveer a sus necesidades y las de otros. Se hallaba en condición de decir a los tesalonicenses, “Porque recordáis, hermanos, nuestra fatiga y arduo trabajo: de noche y de día (estuvimos) trabajando en un oficio (o: “trabajando para sostenernos”), a fin de no ser una carga a ninguno de vosotros en tanto que os proclamábamos el evangelio de Dios”.

Pablo enfatiza el hecho de que el obrero no debe pensar solamente en sí mismo sino también en su hermano, especialmente en aquel que sufre necesidad. El apóstol mismo era hombre tierno y extremadamente comprensivo, siempre “deseoso de ayudar al pobre”. ¡Y por supuesto que les ayudó! De hecho, la misma gira misionera que fue la causa de su presente prisión había sido un viaje en favor de los pobres de Jerusalén. Había estado reuniendo fondos para los necesitados de aquella ciudad. Estos hermanos en aflicción le eran muy queridos y al alentar a aquellas iglesias, aun aquellas cuya membresía provenía mayormente del mundo gentil, para abrir su mano al necesitado, estaba al mismo tiempo logrando su propósito de unir a las varias iglesias en una comunión de amor y mutua ayuda. En todo esto no hacía otra cosa que seguir el ejemplo de su Señor y Salvador, quien estando aún en la tierra, habló vez tras vez de la obra de misericordia y cuyo compasivo corazón se conmovió profundamente ante la miseria del pobre.

16. Las palabras corruptas

Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca,

Palabra corrupta es aquella que está podrida, putrefacta; por tanto corruptora, perversiva, injuriosa. Bien podemos suponer que estos muy nuevos convertidos a la fe cristiana habían vivido en un medio ambiente impuro, donde la conversación soez, en banquetes, reuniones

sociales y fiestas era el pan de cada día de los presentes. El cambio experimentado al salir de este ambiente tóxico y entrar en la atmósfera pura y sana de la comunión cristiana debe haber significado para ellos nada menos que una revolución.

Aun cristianos bastante crecidos en santificación han confesado a veces el hecho de lo difícil que en ciertas ocasiones resulta limpiar sus mentes totalmente de las palabras y la melodía de esta o aquella grosera música de taberna. La odiaron, lucharon contra ella, estuvieron seguros de haberla expulsado para siempre de sus pensamientos, cuando repentinamente, estaba allí otra vez, pronta para invadir y torturar con su presencia nuevamente. Sucede así también con ciertas frases o palabras viles y aun blasfemias, tan comunes en el período de pre-conversión de la vida, que suelen irrumpir en momentos de descuido contaminando la atmósfera. Recordemos a Pedro quien, siendo apóstol del Señor, “comenzó a maldecir y a jurar” cuando suponía que su vida se hallaba en peligro. También aquí, el único remedio, además de la oración, es llenar la mente y corazón con lo que es puro y santo.

17. La edificación

...sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes.

Pablo es insistente en bendecir. Aquí insta a que el prójimo reciba de ella la palabra beneficio espiritual. Esto nos recuerda lo que el apóstol dijo a los colosenses:

Colosenses 4:6

Sea vuestra palabra siempre con gracia, sazonada con sal, para que sepáis cómo debéis responder a cada uno.

Notemos un paralelo interesante entre estos versículos. En cada caso el apóstol insta a los lectores a ser bendición para todos aquellos con quienes se relacionen diariamente. Si solamente hay abstención de la falsedad, del hurto y del lenguaje corrupto, el resultado nunca será positivo. El cristianismo no es una religión de un mero “no hacer”, y los cristianos no deben conformarse con ser meros ceros.

Cuando el apóstol amonesta en contra del mal comportamiento e insta a todos lectores a observar una conducta cristiana, nunca deja de considerar a todos los lectores “interesados”. Ya ha mencionado al prójimo, al diablo, a los necesitados, y a los que escuchan. No nos sorprende, entonces, que ahora se refiere a la parte más interesada, vale decir, el Espíritu Santo. Escribe:

18. Afrentando al Espíritu Santo

Y no entristezcáis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención.

Se dice a veces que la iglesia no ha hecho plena justicia a la doctrina del Espíritu Santo; que ha sido descuidada al no conceder a Él la misma atención que se otorga al Padre y al Hijo. Puede ser que esto sea verdad. En lo que respecta a Pablo, no obstante, tal acusación no le concierne. El término “el Espíritu Santo” ocurre unas treinta veces en sus epístolas, si incluimos tales sinónimos apelativos como “Espíritu de Dios”, “Espíritu de Cristo”, etc. Además de esto contamos por lo menos setenta casos en los cuales interpretaríamos la palabra *pneúma* (que aparece sin el adjetivo “santo”) como referencia a la tercera persona de la Santa Trinidad. Sea como fuere, la epístola a los efesios menciona al Espíritu Santo vez tras vez, usando el término mismo o sencillamente la designación: “el Espíritu”. Existe el consenso general que en la mayoría de estos casos la referencia es al Paraclete (en griego *parastasi*), nombre que Jesús le atribuye al Espíritu Santo en el Evangelio de Juan y que quiere decir: “aquel que consuela o conforta, el que alienta y reanima, el que revive, el que intercede en nuestro favor como un defensor en una corte”.

La razón de la ocurrencia tan seguida es obvia: Pablo desea imprimir en nosotros que fuera de Dios no podemos ser salvos; es decir, que todo lo que hay de bueno en nosotros tiene su origen en el Espíritu Santo. Él imparte vida y también la sostiene. El hace que se desarrolle y llegue a su destino final. Es Él, por tanto, el autor de toda virtud cristiana, de todo buen fruto.

De ahí que, cuando quiera que el creyente contamina su alma dando lugar a pensamientos o sugerencias engañosas, de venganza, de codicia, o de inmundicia, está entristeciendo al Espíritu Santo. Esto se hace aún más real puesto que es el Espíritu quien mora en los corazones de los creyentes, haciendo de ellos su santuario, es su templo. Mediante imaginaciones, reflexiones, o motivaciones de maldad de todo tipo este Espíritu que mora en y santifica al Hijo de Dios sufre, por decirlo así, el quebranto de su corazón.

Además, el Espíritu no solamente nos salva sino que nos llena también del gozo y de la seguridad de la salvación; puesto que, tal como ya lo hemos dejado en claro, y se repite en esencia aquí, fue “en” Él (“en conexión con”, y por esto también “por medio de”, Él) que fuimos “sellados para el día de la redención”, aquel gran día de la consumación de todas las cosas, cuando nuestra liberación de los efectos del pecado sea completada. Es el día del regreso de Cristo, cuando nuestro cuerpo, actualmente en bajeza, renovado a la semejanza del cuerpo glorioso de Cristo, se reunirá a su alma redimida a fin de que en cuerpo y alma la entera multitud victoriosa habite el nuevo cielo y la nueva tierra para glorificar a Dios para siempre jamás. La meditación misma sobre el cumplimiento de esta esperanza debería tener en nosotros un efecto purificador.

Es por esto por lo que el recaer en actitudes y prácticas paganas es señal de ruin ingratitud. ¡En qué forma tan intensa debe esto entristecer al Espíritu que mora en nosotros! Po-

dríamos considerar esta expresión altamente antropomórfica (de forma humana) y realmente lo es. Es, no obstante, en cierto sentido, el antropomorfismo más alentador, puesto que no puede dejar de recordarnos “el amor del Espíritu”, que “nos anhela celosamente”.

De seguro que “entristecer al Espíritu” no es término tan fuerte como “resistir” al Espíritu; el que a su vez no es tan tajante como “apagar el Espíritu”. Sin embargo, un primer paso en mala dirección fácilmente conduce al próximo. ¡Ojalá que los efesios y todos aquellos a lo largo de los siglos para cuyo beneficio fue escrita la epístola tomen seriamente esta advertencia! Observemos también el énfasis con que el nombre completo del Consolador se expresa: “el Espíritu Santo de Dios”, o, aun en forma más literal, “el Espíritu, el Santo, de Dios”, con énfasis especial en su santidad. Se acentúa tanto su majestad como su poder santificador. Es “santo” y esto no sólo con referencia a su inmaculada santidad propia, ¡sino además como la fuente misma de santidad para todos aquellos en cuyos corazones se digna morar!

19. Los malos sentimientos y emociones

Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería, maledicencia y toda malicia.

La amargura es la disposición de una persona con la lengua aguda como una flecha y afilada como una navaja. Guarda resentimiento contra su prójimo y así le “pincha”, estando siempre pronto para “perder los estribos” con respuestas que muerden o punzan. La cólera o furia (latín: furor), es una fuerte pasión de antagonismo que se expresa por medio del tumultuoso estallido, la réplica acalorada. La ira (lo mismo en latín) es la indignación que domina, cuando el corazón ruge como un horno que arde. La gritería es la explosión violenta de una persona fuera de sí que comienza a gritar a otros. La maledicencia o calumnia es el lenguaje ofensivo, sea contra Dios o en contra del prójimo. Esta lista sobre el mal uso de la lengua se resume en las palabras “y toda malicia”. Malicia no significa meramente “travesura” sino que, en general, es la perversa inclinación del pensamiento, la maligna o vil disposición que se deleita aun en infligir daño o herir al prójimo. “Que todas estas cosas sean quitadas de vosotros”, dice Pablo bajo la inspiración del Espíritu Santo.

Ahora bien, en su análisis final el abandonar las malignas disposiciones, palabras y acciones ya mencionadas se puede realizar solamente por medio de la adquisición y el desarrollo de las virtudes opuestas. Consecuentemente, volviéndose una vez más a las exhortaciones positivas, el apóstol prosigue:

20. El trato mutuo

Antes sed bondadosos unos con otros, misericordiosos,

Este texto se puede comparar con el de la carta a los colosenses:

Colosenses 3:12-13

Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de bondad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia. Soportaos unos a otros y perdonaos unos a otros, si alguno tiene queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros.

La bondad es aquella gracia de benevolencia impartida por el Espíritu, lo enteramente opuesto a la malicia o maldad mencionada antes. La bondad de los primeros cristianos era su propia recomendación frente a otros. Dios, también, es bondadoso y se nos exhorta ser como Él con respecto a esto. Cuando una persona bondadosa escucha un chisme, no corre al teléfono a compartir con otros tan “delicioso bocado”. Si le hacen ver las fallas del prójimo, él trata, si puede hacerlo honestamente, de poner en relieve hasta donde sea posible sus buenas cualidades haciendo una justa compensación.

21. El perdón

...perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo.

Colosenses dice, “así como el Señor”; Efesios, “*como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo*”. No hay diferencia esencial. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son uno. Cooperan en todas estas actividades que conciernen a nuestra salvación. Perdonar “así como Dios en Cristo” perdonó significa: así tan libre, generosa, profunda, espontánea y entusiastamente. Además, todas las injurias que nosotros hayamos sufrido a causa de la mala disposición de nuestro prójimo jamás podrán ser comparadas con las ofensas que Él, que nunca cometió pecado, tuvo que soportar al ser escupido, vilipendiado, coronado con espinas, crucificando. Con todo esto, ¡extendió su perdón! Y al hacerlo nos legó un ejemplo.

Pero hizo aun más que esto. Nos dejó también un motivo para ejercer el perdón. Habiéndonos perdonado tanto, ¿no debemos también nosotros perdonar? Tal ejemplo y tal motivo, sin embargo, tienen relación con algo más que el mero deber de perdonar. Tocan toda el amplia área del amor, de la cual el ejercicio del perdón es solamente una de sus manifestaciones y por cierto, una de las más importantes. El amor debe manifestarse en todas las áreas de nuestra vida, el amor moldeado según y motivado por el amor de Dios en Cristo.

22. Conclusión

Pablo exhorta a sus conversos a que se despojen de su vieja manera de vivir y asuman la de Cristo. En este texto menciona lo que él considera las características de la vida pagana. Los paganos no se interesaban más que en cosas vacías, que no tenían ninguna importancia; tenían la mente ofuscada por la ignorancia. Entonces aparece la palabra sobresaliente: tienen el corazón petrificado.

Se había endurecido tanto que había perdido la sensibilidad. Una de las cosas horribles del pecado es su efecto petrificador. El proceso del pecado se puede seguir fácilmente. Ninguna persona se convierte en una gran pecadora de pronto. En un principio mira el pecado con horror. Cuando peca, se le llena el corazón de remordimientos. Pero, si continúa pecando, llega a un punto en que pierde toda sensibilidad y puede hacer las cosas más vergonzosas sin ningún sentimiento de vergüenza. Se le ha cauterizado la conciencia.

En el mundo pagano, Pablo veía tres cosas terribles. Veía los corazones humanos tan petrificados que ya ni se daban cuenta de que estaban pecando; veía a las personas tan dominadas por el pecado que habían perdido y olvidado la vergüenza y la decencia; veía a las personas tan a merced de sus deseos que ya no les importaban los demás a los que pudieran perjudicar y cuya inocencia destruían con tal de satisfacer sus deseos. Estos son exactamente los pecados del mundo sin Cristo hoy en día igual que entonces, que se pueden ver invadir la vida en cualquier punto y recorriendo las calles de cualquier gran ciudad.

Pablo exhorta a sus conversos a que rompan definitivamente con esa clase de vida. Pablo ha estado diciendo que cuando uno se convierte a Cristo debe despojarse de la vida vieja como se quitaría de encima una ropa que ya no le sirve. Aquí en Efesios habla de las cosas que hay que desterrar de la vida cristiana.

Al final del capítulo Pablo llega a la cima de sus consejos. Nos dice que seamos amables (jréstós). Los griegos definían esta cualidad como la disposición de la mente que tiene tanto en cuenta los asuntos del prójimo como los propios. La amabilidad ha aprendido el secreto de mirar siempre hacia fuera y no solamente hacia dentro. Pablo nos dice que perdonemos a los demás como Dios nos ha perdonado a nosotros. Así, en una frase, Pablo establece la ley de las relaciones personales: Debemos tratar a los demás como Jesucristo nos ha tratado a nosotros.

